

COVID-19: CIENCIA ÉTICAMENTE INFORMADA Y ÉTICA CIENTÍFICAMENTE INFORMADA PARA PENSAR Y ACTUAR MEJOR

MA. NATALIA ZAVADIVKER

Este artículo fue concebido como una réplica que pretende superar dos posiciones enfrentadas. Una de ellas es la plasmada en el artículo “COVID-19: Act first, think later”, de los franceses Stoeklé y Hervé, publicado en mayo de 2020 en *The American Journal of Bioethic*; la otra (“COVID-19: Thinks first, act better later”), publicada en el mismo medio por los brasileros Hellmann, Cardoso Bittencourt, Stolf Brzozowski, Finkler, Verdi, Caponi, con la finalidad de refutar los argumentos del primer artículo. Brevemente, el artículo de Stoeklé y Hervé planteaba, con relación al requerimiento de intervención del Comité Nacional de Bioética por parte del Ministro de Salud de Francia, que en una situación de emergencia como la provocada por la pandemia de Covid-19 se requieren acciones inmediatas y, por ende, no es momento para disquisiciones filosóficas que podrían contribuir a retrasar medidas urgentes para frenar la pandemia. En tal sentido, todo lo que se necesita es escuchar y acatar a rajatabla las voces autorizadas del saber experto (científicos, personal médico y de atención), confiando en que actuarán guiados por los cánones de la ética médica que ya conocen, en tanto éstos son suficientes para tomar las mejores decisiones, y dejar las reflexiones filosóficas para cuando podamos abordarlas con más tranquilidad, una vez que pase la urgencia de la pandemia. Frente a estos argumentos, Hellmann, et. al., replicaron que la ética, como racionalización de la acción humana, debe reforzarse en lugar de relajarse precisamente en tiempos en los que resulta crucial la toma de decisiones prudentes. La reacción debe ser rápida pero basada en razones convincentes y éticas, y debe haber confianza en el saber experto, aunque no a ciegas.

Con relación a esta controversia, mi percepción es que no hay realmente una dicotomía entre ética y ciencia, o entre decisiones basadas en valo-

Instituto de Biotecnología, Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia, Universidad Nacional de Tucumán, Argentina. / zavadivker@yahoo.com

res morales y aquellas basadas en criterios científicos. Toda decisión está inspirada en algún tipo de valor ponderado como más relevante que otro valor alternativo, y, por ende, cualquier decisión se basa en criterios éticos siempre y cuando su objetivo sea alcanzar el mayor bien para los sujetos implicados. Los científicos pueden tener más conocimiento que el lego sobre las estrategias más idóneas para alcanzar un fin, pero cualquier decisión, incluyendo las científicas, tendrá siempre como horizonte algún fin deseable, que a su vez estará inspirado en valores considerados 'buenos', correctos o positivos.

De esto se infiere que los criterios científicos y los criterios éticos no son alternativas mutuamente excluyentes, ya que cuando hablamos de "soluciones científicas" sólo estamos haciendo referencia al uso de herramientas científicas como *medio* para resolver un problema que nos aqueja, pero no es la ciencia sino nuestros parámetros éticos los que nos indican qué valores debemos priorizar a la hora de alcanzar esa "solución" (término que en este contexto no equivale a una respuesta unívoca e indiscutible --como la solución a un problema matemático-- sino a la pretensión de resolver un conflicto en el que hay valores en juego y debemos optar subjetivamente por algunos y resignar otros).

Desde luego que también las estrategias invocadas por el saber experto pueden ser objeto de reflexión ética, ya que, aun poniéndonos de acuerdo sobre el fin a alcanzar, no cualquier medio puede considerarse éticamente aceptable. Por ejemplo, supongo que Stoeklé & Hervé insinuaron (ya que no lo mencionan directamente) que nuestro objetivo debe ser indiscutiblemente evitar el crecimiento exponencial de los contagios, y que cualquier discusión ética que cuestione dicho objetivo tendería a entorpecerlo y a demorar decisiones y acciones urgentes. Pero aunque este sea el criterio general de los infectólogos, eso no implica que no esté inspirado, como cualquier otro, en ciertas valoraciones morales (en este caso la ponderación de la vida y la salud como objetivos prioritarios). La preservación de la salud es un fin que percibimos como tan evidente y altamente consensuado, al estar ligado a nuestro instinto de supervivencia, que ni siquiera advertimos su dimensión valorativa. Valores alternativos a éste serían, por ejemplo, la priorización de la economía en tanto su destrucción también afecta las posibilidades de supervivencia de millones de personas, o el respeto a las libertades individuales.

El problema de fondo, sin embargo, no debería, a mi juicio, interpretarse como la controversia entre quienes piensan en términos de discusiones éticas y quienes "saben exactamente lo que hay que hacer" (médicos, científicos) por basarse en razones científicamente informadas. El verdadero dilema moral al que creo que apuntan Stoeklé & Hervé (entre otros) es que para obtener éxito en la batalla contra el COVID-19 debemos emprender acciones colectivas, cuya eficacia depende del sometimiento

de todos los habitantes del planeta (nada menos) a la parálisis de nuestro ritmo de vida normal, sacrificando nuestros deseos, intereses y parte de nuestras libertades individuales. Si tal es el caso, los científicos estarían priorizando la coordinación colectiva de acciones en aras de alcanzar un valor agregado (la evitación del contagio masivo), por encima de las libertades individuales. Se trata de anteponer el criterio utilitarista o pragmático por encima del deontologista: en el contexto actual se justificaría la violación de un principio normalmente considerado válido (el respeto por las libertades individuales) si el fin a alcanzar es más relevante que la pérdida temporaria de libertad (o, si lo comparamos con otro fin pragmático, la pérdida de recursos económicos, entre otros perjuicios).

Aun así, el cumplimiento de esta medida exige de estrategias persuasivas, y uno de los principales discursos legitimadores de prácticas sociales en nuestra época es la autoridad del conocimiento científico, como si éste fuera por sí mismo capaz de zanjar cualquier discusión ética. Implícitamente, los autores estarían apelando al saber experto como forma de persuadir a la comunidad de las consecuencias negativas, basadas en información científicamente fundada y empíricamente corroborada, de desobedecer a “los que saben”. Su temor parece basarse en la presunción del peligro potencial de la libertad de pensamiento y la afirmación de la individualidad en un contexto en el que la acción más eficaz requiere de actitudes cooperativas que implican obediencia y sometimiento de la voluntad.

En realidad los autores no mencionan directamente ninguna decisión en particular (cabe suponer que también pudieron haberse referido a la ética de la investigación en tiempos de pandemia, donde la urgencia por probar la efectividad de las vacunas o tratamientos podría justificar el saltarse algunos protocolos usuales de experimentación en humanos). Cualquiera que sea el asunto en el que pensaron, el argumento es «obedezcan a los médicos e investigadores porque su saber experto y su conocimiento de las normas de ética médica bastan para garantizar la idoneidad de sus decisiones”.

Sucede, como decíamos, que los criterios científicos sólo difieren de otras opiniones alternativas en el conocimiento subyacente de medios comprobadamente idóneos para alcanzar ciertos fines. No difieren en el carácter intrínsecamente valorativo de los fines mismos. El problema es que detrás de la proclama de Stoeklé y Hervé se oculta una visión puramente tecnocrática basada en la ilusión de que la discusión ética puede (y debe) rendirse ante la evidencia científica, de la que se desprendería la aplicación de reglas y principios de acción directamente derivados del conocimiento.

Deberíamos, entonces, superar la tensión entre dos polos que a mi juicio no son opuestos sino complementarios: no se trata de optar entre res-

puestas científicas o aquellas basadas en la discusión filosófica. Tanto la ciencia como la filosofía son prácticas que exigen la activación de procesos deliberativos, reflexivos y críticos: la primera fundamentalmente para autocorregir sus propias hipótesis sometiéndolas a rigurosas contrastaciones empíricas, la segunda para esclarecer los supuestos teóricos subyacentes a cualquier posicionamiento. En esencia ambas comparten el mismo estilo de razonamiento crítico, reflexivo y profundo. Ni las decisiones científicas ni aquellas basadas en consideraciones filosóficas pueden tomarse a las rápidas para ser realmente fructíferas, lo que no significa que el apremio no deba instarnos a activar rápidamente nuestros recursos cognitivos. Ni las decisiones científicas pueden prescindir de consideraciones ligadas a los fines perseguidos y la aceptabilidad ética de los medios, ni la reflexión filosófica puede ignorar actualmente el aporte científicamente informado a la discusión. Al mismo tiempo, ni una ni otra deben basarse en criterios exclusivamente científicos que ignoren otros aspectos relevantes para el bienestar humano.

Las objeciones de Hellmann, et. al., incurren, a mi juicio, en el mismo error que cometen Stoeklé y Hervé al contraponer el criterio científico a las consideraciones éticas como si se tratara de estilos de pensamiento opuestos, cuando en la práctica están indisociablemente ligados y resulta difícil determinar dónde comienza uno y termina el otro. Por ejemplo, señalan como argumento a favor de la importancia de la reflexión ética el caso del científico francés que promovió el uso de la hidroxiclороquina antes de que existan evidencias firmes a favor de sus ventajas. ¿Deberíamos considerar su actitud como derivada de la falta de una reflexión ética seria y responsable, como sugieren los autores, o como una violación de las normas científicas que instan a basar las decisiones en evidencias firmes? ¿Cometió el médico francés un error científico o un error "ético"? ¿Tiene sentido disociar ambas cosas, cuando la ciencia deja de ser un discurso meramente teórico y penetra en el terreno de las decisiones humanas? Quizás sería útil señalar brevemente el esquema humeano del juicio práctico: nuestras decisiones son el resultado de nuestros fines, determinados por deseos o valores, más el conocimiento de un estado de cosas del mundo que nos brinda información esencial sobre los medios adecuados para alcanzar dichos fines. Si en cualquier decisión humana están involucradas ambas cosas, ¿tiene sentido disociar (más que a los fines del análisis) la reflexión ética sobre los fines correctos o deseables, de la consideración de los medios disponibles o técnicamente posibles? Tampoco comparto la opinión (esgrimida por Hellmann, et. al.) de que si en Brasil se hubiera convocado a un Comité Nacional de Bioética para reflexionar sobre la pandemia se hubieran evitado miles de muertes, ya que las decisiones humanas no sólo dependen de criterios racionales, desinteresados y bien intencionados acerca de cómo proceder para alcanzar el mayor bien. Dependen también

de intereses personales y sectoriales (en este caso, posiblemente de los intereses políticos y económicos de Bolsonaro, y difícilmente un comité hubiera bastado para persuadir al presidente brasileño de acatar sus criterios).

En síntesis, es perentorio que la reflexión bioética promueva una formación interdisciplinaria que brinde a los científicos herramientas filosóficas, y a los filósofos instrucción científica. No basta con juntar a científicos y filósofos para que cada uno aporte su mirada particular; debería también promoverse una formación intelectual que integre la racionalidad estratégica de la ciencia, y la racionalidad ligada a fines de la reflexión ética, pues ambas en el fondo se basan en la misma premisa: el cultivo del pensamiento crítico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Henri-Corto Stoeklé & Christian Hervé (2020), "COVID-19: Act first, think later", *The American Journal of Bioethics*, DOI: 10.1080/15265161.2020.1761199.
- Fernando Hellmann, Silvia Cardoso Bittencourt, Fabiola Stolf Brzozowski, Mirielle Finkler, Marta Verdi, Sandra Caponi (2020), COVID-19: "Think first, act better later", <http://www.bioethics.net/2020/05/covid-19-think-first-act-better-later/>.